

Agradecimientos

El proyecto Promoción del autocuidado en situaciones de desigualdad social, Holguín, Cuba. Prevención de enfermedades cardiovasculares, de transmisión sexual y trastornos alimentarios a través de la investigación ha sido financiado por el Vicerrectorado de Proyección Internacional de la UAL. Valgan estas líneas como agradecimiento al apoyo técnico prestado (Elisa García, Jesús Fernández y Clara Pascual) y el institucional por Lola Roldán y el Vicerrector de Proyección Internacional José Carlos Redondo.

Al Centro de Estudio de las Migraciones y las Relaciones Interculturales (CEMyRI) por su apoyo técnico, humano e incluso económico. Y a la Asociación Acción en Red Andalucía, con Estefanía Acién a la cabeza, que ha permitido y apoyado el voluntariado en este proyecto.

A los Hospitales Fructuoso Rodríguez de la Habana y Pediátrico Provincial *Octavio de la Concepción de la Pedraja* de Holguín, y su dirección médica, que nos llenaron las manos de experiencias, emociones y forma de trabajar a la par que nosotros vaciamos nuestras maletas.

A la Cruz Roja de Holguín, representada por Ángel Benítez Guevara, que nos enseñó que se ha hecho mucho y que aún queda por hacer. Pero que rendirse no está en su vocabulario. Y a la Asociación de niños y niñas con discapacidad donde entendimos que la sonrisa es terapia y salud, también para los afortunados.

Al Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente de Cuba (CITMA). El Dr. Alejandro Torres Gómez de Cádiz Hernández, en la filial de Holguín, nos abrió sucesivamente sus puertas para enseñarnos sus proyectos, sus cooperaciones y también nos agasajó con comida y música.

A la Universidad de Holguín por su acogida, que con ella nos hizo tener algunas de las experiencias más humanas de nuestras vidas. La dirección de Relaciones Internacionales, con la Dra. Jenny Ruiz de la Peña a la cabeza, nos extendió las manos para que los lazos sean duraderos y en ello estamos trabajando. Incluso, tuvimos el honor de que la rectora, la Dra. Aniuska Ortiz Pérez, nos abriera las puertas y nos acompañara hasta donde su agenda lo permitió.

A la profesora Lidia María Romero Pupo que nos hizo que las estancias no fueran tales, puesto que con ella Holguín fue nuestra casa y sus amigos los nuestros. Ella encarna, de manera natural, una curiosa síntesis:

el manejo del tiempo, la planificación y el sentido de la responsabilidad. Su disciplina contrasta con la espontaneidad y la vitalidad características de su cultura. Esa combinación la hace no solo admirable, sino profundamente coherente: demuestra que la identidad no es una categoría fija, sino un tejido dinámico donde conviven múltiples influencias. La hospitalidad es su definición.

Al *profe* Reynaldo Martínez Otero, amigo de Lidia, que con él entendimos mejor los fundamentos de las teorías del conflicto y que el mejor café está en su termo y con su presencia. A los profesores Julio César Borrego Neninger, Reymundo Escobar Lorenzo y Raimundo Almaguer Soque que nos dejaron la mejor de las sonrisas y su quehacer, no nos faltó de nada.

A las farmacias que contribuyeron a prestar medicamentos, a las personas anónimas que han donado ordenadores, móviles y medicamentos, y especialmente, a la Asociación de Mujeres Encina Hermosa del Castillo de Locubín (Jaén) que hizo un acopio de material sanitario de incalculable valor.

Juan Carlos Checa
Montserrat Monserrat
David Pérez

Agradecimientos desde la Universidad de Holguín, Cuba

La amistad, ese lazo invisible pero poderoso que nos une a otras personas, es un tesoro inestimable.

Agradecemos de corazón al Centro de Estudio de las Migraciones y las Relaciones Interculturales (CEMyRI) de la Universidad de Almería, España por su apoyo a nuestra Universidad de Holguín a desarrollar proyectos junto a nosotros. Especialmente, a los profesores Dra. Ángeles Arjona Garrido y Dr. Juan Carlos Checa Olmos, que han demostrado que son amigos verdaderos, confidentes, compañeros de aventuras y una voz que nos alienta a seguir adelante. Su capacidad para escucharnos sin juzgarnos, su sentido del humor que nos alegró los días de estancias en Cuba, su sabiduría que nos guía hacia el éxito.

Estamos muy agradecidos por todos estos años de amistad y por su presencia en dos momentos en 2025, como resultado del trabajo del proyecto: Promoción del autocuidado en situaciones de desigualdad social, Holguín, Cuba. Prevención de enfermedades metabólicas, Trastornos de la Conducta Alimentaria (TAC) y ETS a través de la tecnología, el cual ha tenido gran impacto en nuestra institución académica.

Gracias al Vicerrectorado de Proyección Internacional de la Universidad de Almería por toda la ayuda en momentos difíciles que enfrentamos los cubanos, ante el fuerte bloqueo injusto e inhumano de los EE.UU. por más de 60 años a nuestro pueblo y es la causa de todos nuestros problemas. Reciban nuestro agradecimiento y amistad.

Lidia María Romero Pupo

Prólogo¹

En un mundo donde los desafíos globales exigen respuestas solidarias, la Universidad de Almería reafirma su compromiso con la cooperación internacional, la justicia social y el desarrollo humano sostenible. Al amparo de su Plan Estratégico 2025-2027, y en consonancia con las políticas estatales y autonómicas en materia de cooperación, así como con la Agenda 2030 de las Naciones Unidas, nuestra universidad impulsa iniciativas que trascienden las aulas, fomentando una educación integral y trasladando el compromiso con los valores solidarios a toda la comunidad universitaria y, más allá de sus fronteras, ahondando en una ciudadanía comprometida con un mundo mejor.

El Plan Propio de Cooperación Internacional de la UAL nace de esta vocación de apertura exterior y responsabilidad. Promovido desde el Área de Cooperación al Desarrollo del Vicerrectorado de Proyección Internacional, y financiado con fondos propios de la universidad, este Plan se erige como la herramienta principal cuyo objetivo es propiciar, aunar y dirigir las políticas de cooperación internacional para el desarrollo de nuestra institución. Dentro de este, el Programa I de ayudas a proyectos en el ámbito de la cooperación internacional tiene como objetivo fomentar el intercambio de conocimiento, técnicas y procedimientos con países en vías de desarrollo.

El proyecto «Promoción del autocuidado en situaciones de desigualdad social, Holguín, Cuba», que se enmarca en dicho programa, ha contribuido a mejorar las condiciones de vida de las comunidades y personas del entorno de ejecución, especialmente de los sectores más desfavorecidos. Además, ha permitido mejorar las capacidades docentes, investigadoras e institucionales de los agentes implicados, para que se conviertan en motor

¹ Equipo del Área de Cooperación Internacional para el Desarrollo de la UAL

del desarrollo de las sociedades de su entorno. En la primera parte de este libro se desgranán las acciones realizadas y su repercusión.

La segunda parte está dedicada a los relatos de las personas voluntarias e instituciones implicadas en el desarrollo del proyecto. Desde la UAL, y gracias al programa «UAL Internacional: VoluntariODS para la Cooperación Global» subvencionado por el Ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030, cinco estudiantes y dos docentes han tenido la oportunidad de vivir una experiencia única, colaborando activamente en este proyecto de desarrollo y ayuda humanitaria en Cuba. Más allá de una estancia internacional, estas experiencias representan un viaje interior. Cada participante se convierte en embajador o embajadora de los valores que sustentan la universidad pública: la solidaridad, el respeto por la diversidad, la cooperación y la búsqueda del bien común. En contacto con realidades distintas, nuestros voluntarios aprenden que el conocimiento adquiere su sentido más profundo cuando se pone al servicio de las personas.

Las páginas que siguen recogen las voces, las miradas y las emociones de quienes decidieron cruzar fronteras para compartir su tiempo, su talento y su compromiso. Son relatos que nos invitan a reflexionar sobre el poder transformador de la cooperación internacional, no solo para quienes lo reciben, sino también para quienes lo viven. Porque en cada proyecto, en cada comunidad y en cada gesto solidario se teje una historia de esperanza. Y esas historias, reunidas aquí, son el reflejo del espíritu que la Universidad de Almería promueve: el de una comunidad universitaria que entiende que cambiar el mundo empieza por participar en él.



Entrega del presente de la rectora de Holguín Dra. Aniuska Ortiz Pérez al Vicerrectorado de Proyección Internacional de la Universidad de Almería. De izquierda a derecha: Juan Carlos Checa (director del Proyecto) y José Carlos Redondo (Vicerrector). Foto: Vicerrectorado. (Almería, septiembre 2025)

Introducción

La cooperación internacional constituye, en la actualidad, uno de los pilares fundamentales de las relaciones internacionales y de la gobernanza global. En un mundo caracterizado por la creciente interdependencia económica, política, tecnológica y cultural, los problemas de la humanidad han adquirido una dimensión transnacional que desborda las capacidades de los Estados-nación aislados (Keohane & Nye, 2000). Fenómenos como el cambio climático, las migraciones masivas, la inseguridad alimentaria, las pandemias, las desigualdades estructurales y las crisis energéticas requieren soluciones colectivas y coordinadas, basadas en principios de corresponsabilidad, solidaridad y justicia global (Held & McGrew, 2007).

La cooperación internacional, entendida como el conjunto de acciones, mecanismos y políticas que buscan articular esfuerzos de diversos actores estatales y no estatales en favor de objetivos comunes, ha evolucionado históricamente desde formas tradicionales de ayuda humanitaria hasta configurarse como un complejo sistema de gobernanza multinivel. En el siglo XXI, esta cooperación se manifiesta no solo en el ámbito interestatal, sino también en la cooperación descentralizada (entre regiones y municipios), la cooperación académica y científica, y las alianzas público-privadas, lo cual amplía de manera considerable el abanico de posibilidades y actores implicados (Sanahuja, 2020).

El marco normativo internacional ha reforzado la centralidad de la cooperación en el desarrollo humano. La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, adoptada por Naciones Unidas en 2015, coloca a la cooperación como un requisito transversal para alcanzar los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). De hecho, el ODS 17 establece explícitamente la necesidad de «fortalecer los medios de implementación y revitalizar la Alianza Mundial para el Desarrollo Sostenible» (Naciones Unidas, 2015). Esto refleja una convicción ampliamente compartida: sin cooperación, el resto de los ODS son inviables.

La experiencia reciente de la pandemia de la COVID-19 puso en evidencia la importancia de la cooperación internacional. El desarrollo acelerado de vacunas, la gestión de cadenas de suministro globales y el intercambio de datos científicos en tiempo real fueron posibles gracias a una articulación inédita de recursos y capacidades entre universidades, empresas, gobiernos y organismos multilaterales (WHO, 2021). Sin embargo, la distribución desigual de las vacunas también reveló las limitaciones y tensiones que enfrenta la cooperación global, especialmente en la relación entre países desarrollados y en desarrollo.

En este contexto, la cooperación internacional se configura como un campo de tensiones entre intereses nacionales y bienes públicos globales, entre solidaridades genuinas y lógicas de poder, entre transferencias verticales y modelos horizontales de colaboración. Su análisis exige, por tanto, una mirada multidimensional que abarque tanto sus fundamentos teóricos como sus manifestaciones prácticas en distintos sectores.

La cooperación internacional de Cuba constituye un caso singular en el escenario mundial. A pesar de ser un país de recursos económicos limitados y de enfrentar un contexto geopolítico adverso marcado por sanciones y bloqueos, la isla ha logrado consolidar una práctica de cooperación caracterizada por la exportación de capital humano, la solidaridad Sur-Sur y la diplomacia en salud y educación. Analizar la experiencia cubana permite comprender no solo la importancia de la cooperación internacional como herramienta de desarrollo, sino también cómo un país del sur global puede convertirse en referente global en áreas específicas, gracias a una combinación de voluntad política, inversión en capital humano y compromiso ideológico.

Tras el triunfo de la Revolución, en enero de 1959, Cuba se integró rápidamente en el bloque socialista, lo que determinó su orientación política y económica. Sin embargo, desde muy temprano, el nuevo gobierno impulsó iniciativas de cooperación con países de África, Asia y América Latina, en muchos casos recién independizados. Ya en 1963, Cuba enviaba su primera brigada médica a Argelia, país que acababa de lograr su independencia de Francia (Kirk, 2015).

A diferencia de la lógica asistencialista predominante en la cooperación Norte-Sur, el modelo cubano se basó en la solidaridad entre pueblos. El objetivo no era transferir recursos financieros, de los cuales Cuba carecía, sino compartir capital humano: médicos, maestros, ingenieros y téc-

nicos formados en la isla. Esta apuesta por el conocimiento como recurso estratégico de cooperación sería la seña de identidad de la cooperación cubana en las décadas siguientes (Feinsilver, 2010).

La llamada diplomacia médica cubana es quizá la expresión más reconocida de la cooperación internacional del país. Desde los años sesenta, Cuba ha enviado brigadas médicas a más de 60 países, ofreciendo asistencia en contextos de guerra, catástrofes naturales y crisis sanitarias.

Un ejemplo emblemático fue la creación en 2005 del Contingente Internacional de Médicos Especializados en Situaciones de Desastres y Graves Epidemias «Henry Reeve», que intervino en Pakistán tras el terremoto de ese año, en Haití después del devastador sismo de 2010 y en África Occidental durante la epidemia de Ébola en 2014 (Huish, 2013). Más recientemente, en 2020, brigadas de este contingente fueron enviadas a países como Italia, Andorra y Sudáfrica para colaborar en la lucha contra la COVID-19, en un contexto en el que muchos sistemas sanitarios colapsaron (Kirk, 2020).

Estas experiencias han sido reconocidas internacionalmente. En 2017, la Organización Mundial de la Salud otorgó al Contingente Henry Reeve el Premio de Salud Pública en Memoria del Dr. Lee Jong-wook, como reconocimiento a su contribución a la solidaridad global (WHO, 2017).

Otra dimensión central de la cooperación cubana ha sido la educación. Desde 1976 funciona la Escuela Latinoamericana de Medicina (ELAM), que ha formado a más de 29.000 médicos de más de 100 países, muchos de ellos provenientes de comunidades pobres y rurales que difícilmente habrían tenido acceso a estudios superiores en sus países de origen (Feinsilver, 2010).

Asimismo, Cuba ha ofrecido becas a miles de estudiantes extranjeros en disciplinas como ingeniería, ciencias sociales y educación, contribuyendo a la formación de profesionales que luego retornan a sus países para fortalecer sus sistemas nacionales. Esta modalidad de cooperación educativa se inscribe dentro del espíritu de la cooperación Sur-Sur, caracterizada por el intercambio de experiencias, conocimientos y capacidades sin relaciones jerárquicas (Sanahuja, 2020).

A pesar de sus logros, la cooperación internacional cubana enfrenta importantes desafíos. El bloqueo económico de Estados Unidos limita el acceso del país a insumos, tecnologías y financiamiento, dificultando la sostenibilidad de muchos programas. Asimismo, la dependencia excesiva

va de los recursos humanos —médicos y educadores— genera tensiones internas, pues en ocasiones la salida masiva de profesionales hacia misiones internacionales afecta la disponibilidad en el sistema nacional de salud (Dilla, 2020).

Otro reto proviene de las críticas externas. Algunos gobiernos y organizaciones cuestionan que parte de los ingresos generados por la exportación de servicios médicos sean gestionados por el Estado cubano, lo que ha dado lugar a acusaciones de explotación laboral. Sin embargo, desde la perspectiva de Cuba, estas críticas omiten el carácter solidario y el impacto positivo de las brigadas médicas en los países receptores, donde a menudo atienden a poblaciones marginadas que de otro modo quedarían desprovistas de atención sanitaria (Kirk, 2015).

La cooperación internacional de Cuba constituye un ejemplo singular en el panorama global. Frente a las limitaciones materiales, la isla ha construido un modelo basado en el capital humano, la solidaridad y la corresponsabilidad. Sus programas en salud, educación y biotecnología han tenido un impacto significativo en decenas de países, demostrando que la cooperación puede ser, ante todo, una apuesta ética por el bienestar colectivo.

En este sentido, el presente libro se estructura en dos partes complementarias. La primera parte expone el marco teórico y conceptual desde el cual se concibió y desarrolló el proyecto de cooperación financiado por la Universidad de Almería, así como la metodología, las fases de ejecución y las principales actividades realizadas. Este apartado busca ofrecer una visión sistemática y rigurosa del proceso, sustentada en los principios que orientan la cooperación universitaria al desarrollo.

La segunda parte de este libro está dedicada íntegramente a las narrativas personales de los cooperantes que quisieron adscribirse al proyecto; quienes, desde sus distintas experiencias, trayectorias y contextos, ofrecen una mirada plural sobre la cooperación. Estas voces reflejan diversidad en los enfoques y percepciones, evidenciando diferencias en los modos de comprender y vivir la cooperación, pero también convergencias profundas en los valores, motivaciones y aprendizajes compartidos.

Cabe señalar, por tanto, que estas narrativas no se apoyan, exclusivamente, en un marco estrictamente científico, poseen un valor singular: expresan las improntas personales, emociones y vivencias que acompañan la práctica de cooperación. Y, por ello, de cada una de las vivencias es

responsable su autor/a, ni implica que sean compartidas, ni refrendadas. Incluso más, los contextos urbanos o materiales descritos no son únicos e irrepetibles en Cuba, sino que esos lugares y sus déficits materiales están también presentes en las sociedades capitalistas; pero lo que les diferencia es la forma de afrontarlas por parte de la comunidad. De ahí que las narraciones oscilan entre la regla y la anécdota. No obstante, leídas en conjunto, conforman un mosaico humano que complementa y enriquece la reflexión más analítica del libro, recordándonos que la cooperación no solo se entiende, sino que también se siente y se vive.

Bases conceptuales de la cooperación universitaria

El valor de la cooperación y su aplicación al sistema universitario

Juan Carlos Checa
Montserrat Monserrat
David Pérez

Las universidades, como instituciones fundamentales de educación superior, investigación y formación profesional, ocupan un papel central en la construcción de sociedades más justas, competitivas y sostenibles. Desde sus orígenes, han sido espacios de encuentro intelectual y de producción de saber, pero en el contexto actual de globalización, digitalización y desafíos transnacionales, la cooperación universitaria se convierte en una necesidad estratégica más que en una opción. Las problemáticas contemporáneas —como la crisis climática, las desigualdades sociales, las migraciones, las pandemias y las transformaciones tecnológicas— exceden la capacidad de respuesta de una sola institución o de un único país. En este sentido, las universidades, mediante redes de colaboración, intercambios académicos y alianzas estratégicas, desempeñan un rol insustituible en la generación de conocimiento colectivo y en la formación de ciudadanos críticos, con visión global y compromiso social.

Uno de los principales aportes de la cooperación entre universidades reside en el ámbito de la investigación. La ciencia actual se caracteriza por una creciente complejidad, que requiere equipos multidisciplinarios, financiamiento compartido y acceso a infraestructuras avanzadas. La creación de consorcios internacionales son ejemplos paradigmáticos de cómo la cooperación universitaria ha permitido avances que ninguna institución aislada hubiera podido alcanzar.

Las universidades que cooperan en redes de investigación comparten no solo resultados, sino también metodologías, marcos teóricos y estándares de calidad, lo cual incrementa la validez y el impacto de los hallazgos

científicos. Esta colaboración fomenta además la circulación de investigadores y estudiantes, fortaleciendo la capacidad formativa y ampliando las oportunidades de aprendizaje en contextos diversos.

La universidad tiene la responsabilidad de actuar como agente de transformación social. Al cooperar entre sí, las universidades multiplican su capacidad de incidir en el entorno, promoviendo proyectos conjuntos que abordan problemáticas sociales urgentes. Iniciativas de extensión universitaria, programas de servicio comunitario y proyectos de transferencia tecnológica se ven potenciados cuando se articulan esfuerzos interinstitucionales.

En América Latina han surgido redes de universidades que trabajan juntas en programas de inclusión social, alfabetización digital y desarrollo sostenible, impactando comunidades que trascienden fronteras nacionales. En este sentido, la cooperación universitaria no solo amplía el alcance de los programas sociales, sino que también fortalece la legitimidad de las universidades como instituciones al servicio del bien común.

La universidad es también un espacio cultural, donde convergen identidades, valores y tradiciones. La cooperación universitaria promueve el diálogo intercultural, elemento crucial en sociedades cada vez más plurales y diversas. A través de programas de movilidad estudiantil y académica, se generan experiencias que enriquecen la visión de los participantes, fomentando la tolerancia, el respeto y la construcción de ciudadanía global.

Los convenios internacionales, como los promovidos por programas de la Unión Europea (Erasmus +) o las redes interamericanas de cooperación educativa, han demostrado que la movilidad no solo mejora las competencias académicas, sino que también impulsa la capacidad de adaptación, la sensibilidad cultural y el aprendizaje de lenguas. Así, la cooperación universitaria contribuye a formar profesionales capaces de desempeñarse en contextos multiculturales, dotados de habilidades blandas y con una perspectiva global.

Más allá de la dimensión académica, la cooperación universitaria tiene implicaciones directas en el desarrollo económico. Las universidades actúan como centros de innovación, incubadoras de empresas y espacios de transferencia de tecnología. Cuando cooperan entre sí, se incrementa la posibilidad de generar proyectos conjuntos de investigación aplicada, patentes compartidas y *spin-offs* universitarias, que repercuten positivamente en el sector productivo.

En un mundo marcado por la economía del conocimiento, las universidades que se articulan en redes logran atraer mayores inversiones, optimizar recursos y participar en proyectos de gran escala, tanto a nivel local como internacional. De esta manera, la cooperación universitaria se convierte en un motor clave para la competitividad de las regiones y países, al tiempo que contribuye al cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).

A pesar de sus múltiples beneficios, la cooperación universitaria enfrenta diversos desafíos. Entre ellos se encuentran la falta de financiamiento sostenido, las asimetrías entre instituciones de diferentes regiones, la burocratización de los convenios y la resistencia cultural a los cambios. Asimismo, la brecha digital sigue siendo un obstáculo importante en muchos contextos, limitando las posibilidades de participación de universidades en países en desarrollo.

Otro reto central radica en garantizar que la cooperación no reproduzca dinámicas de dependencia o inequidad, donde universidades de mayor prestigio dominen las agendas académicas. En este sentido, resulta fundamental promover modelos de cooperación horizontal y solidaria, que respeten la diversidad de contextos y reconozcan las fortalezas locales.

En síntesis, la cooperación universitaria constituye una estrategia esencial para el avance del conocimiento, la promoción de la justicia social, el fortalecimiento cultural y el desarrollo económico sostenible. Al unir esfuerzos, compartir recursos y tender puentes, las universidades cumplen con su misión histórica de ser motores de progreso y transformación social.

Más allá de la producción científica o la movilidad académica, la cooperación universitaria encarna una visión ética y política: la convicción de que los grandes desafíos de la humanidad solo pueden ser afrontados colectivamente. Así, las universidades, al cooperar entre sí, no solo potencian sus capacidades internas, sino que contribuyen a la construcción de un futuro más equitativo, inclusivo y sostenible para las generaciones venideras.